

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Por un mes. . . . .	6 reales.
Por tres id. . . . .	16
Por seis id. . . . .	32
Por un año. . . . .	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . . .	24 reales
Por comisionado. . . . .	26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.	

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



# GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

## LA CAZA DE GIL BLAS.

El vicalvarismo ha caido sobre GIL BLAS con todo el rigor de los antiguos tiempos.

Aprenda Narvaez, aprenda Gonzalez Brabo, aprenda Nocedal,—aprendan todos los que son *menos* liberales que Posada Herrera,—el modo de perseguir á la prensa.

El sábado, pasadas las dos horas que marca la ley, empezaron á salir los repartidores de la imprenta, que está en la calle del Almirante.

El vicalvarismo esperaba este momento.

No fué á la imprenta á impedir la publicacion.

Acudió á la calle en son de guerra.

Apostó sus agentes en la esquina de la calle del Barquillo.

A medida que iban pasando los repartidores, los agentes del vicalvarismo, que llamaron en su auxilio á la guardia veterana del presidio-modelo, se iban apoderando de aquellos.

Y la gente se agrupaba.

Y para que el *ajeo*, ó sea la *cacería* de la prensa, tan pertinaz como la del 10 de abril, no se interrumpiera por causa alguna, iban metiendo á los repartidores en el presidio-modelo, donde les quitaban los números, los registraban, y dando luego una prueba de amor á la libertad, los dejaban ir sin fusilarlos.

¡No, afortunadamente no fusilaron á ningun repartidor! ¡Gracias, Dios mio!

Hecho el *ajeo* en la calle, debia empezar por las casas.

Las librerías fueron registradas. El Sr. Jadraque, con la cara que Dios le ha dado, se presentó á cumplir las órdenes del fiscalito, que es un liberalote que me rio yo: figúrense Vds. que hacia la guerra á Gonzalez Brabo en *El Diario Español*, despues de haber suplicado en vano al mismo Gonzalez Brabo que le diera el destino que desempeña hoy por gracia de Posada Herrera.

Y un hombre que piensa así, nos denuncia.

¿Cómo hemos de estar conformes con su modo de pensar? Pensamos nosotros mejor que él.

Ya apoderados de los números de las librerías, era menester intentar el postrer asalto: el ataque se dirigió á *Correos*.

Los suscritores de provincias no han recibido el número 37 á su debido tiempo.

Véase como á las nueve de la noche, despues de salir el correo sin GIL BLAS, pudo decir la fiscalía de imprenta:—¡Victoria en toda la línea!

¿Y qué? GIL BLAS continuará publicándose como hasta aquí.

GIL BLAS tiene mas asegurada su existencia que el ministerio.

GIL BLAS no debe favores á un Camprodon; Gil

BLAS no morirá porque le dé la gana al Sr. Tenorio de ir á Zarauz ó á China.

Lo dicho: cuenten Vds. para rato con

GIL BLAS.

## MIGUEL Y CRISTINA.

Recuerdo perfectamente que siendo yo niño, y ya comprenderán Vds. que debe hacer de esto algunos años, me llevaron al teatro una noche, en ocasion en que se representaba una comedia de Breton de los Herreros, bautizada con aquel inocente título: *Miguel y Cristina*.

—¿Quién es ese Miguel? pregunté yo al leer el programa de la funcion.

—Ya lo verás, hombre, ya lo verás, me respondieron, dejándome con tanta boca abierta.

Y yo, crédulo como un progresista de entonces, y tan mal educado como un neo de ahora, solté la carcajada y me puse á cantar mirando hácia arriba, como Obregon, aquello de:

Vamos á ver  
cómo baila Miguel.

En cuanto á Cristina, tenia poca curiosidad por conocerla. Conocia ya una que valia por todas; cuyo nombre me habian enseñado á balbucear los soldados en las montañas de Navarra, y de la que me acordaba todos los dias cuando al ir de paseo hácia Atocha, leia sobre la puerta de este nombre, y en un lienzo ya medio roto y sujeto en un bastidor, cierta estrofilia que comenzaba:

Franca está para tí, madre y señora;  
pasa tranquila, que serenos soles, etc.

Versos que en aquel tiempo me parecieron dignos de Quintana, y hoy me parecerian indignos de Rada y Delgado.

Pero con curiosidad ó sin ella, alegre ó receloso, el caso es que yo fui al teatro, y que ví la comedia de Breton de los Herreros. Desde entonces no he vuelto á verla, ni creo se haya representado tampoco; y sin embargo, ¡qué personajes tan importantes *Miguel y Cristina*! ¡qué popularidad la suya!

Ella viaja, y tambien él;  
ella asciende, y él declina;  
y el eco repite fiel:  
¡qué planes los de *Cristina*!  
¡qué planes los de *Miguel*!

Por supuesto, que ella y él no tenían otro interés que el de labrar la felicidad del país; el mismo que tienen el general O'Donnell, el arzobispo de Tarazona, y el astrónomo de la Rivera de Curtidores.

¡País! Mentira parece que estas cuatro letras se

presten á interpretaciones tan distintas. Mentira parece que solo mirando á su prosperidad, se escriban los artículos de *Los Tiempos*; se inventen las correspondencias de Zarauz; se señalen 1500 escudos de derechos pasivos á Marfori, y anden las monjas de un lado para otro, ni mas ni menos que si fuesen cuadrilleros de la Santa hermandad.

Y dale con que si Miguel seguirá ó no ejerciendo el difícil cargo que ha ejercido hasta hace poco; y torna con que si Cristina desea ó no desea *La Vuelta del Soldado*, que como tonadilla no deja de tener gracia; y sigue con que si el de marras trata de hacer cuestion de votos eso de ponerse las botas; y vayan partes, y vengan partes, y conjugue cada uno por su lado lo de

Yo me divierto,  
tú te colocas,  
aquel se liberaliza,  
nosotros nos rejuvenecemos,  
vosotros os desamortizais,  
aquellos se entregan.

Cosas todas que pueden muy bien suceder, á pesar de lo que Miguel opine en contrario, ó de lo que pueda en favor aconsejar Cristina.

Y á todo esto, ¿quién será el preferido por el país? ¿Será Miguel? ¿Será Cristina? ¿No saldremos nunca de Cristina ó Miguel? Difícil seria asegurarlo, pero lo cierto es que

Entre uno que ofrece hiel,  
y otro que ofrece quinina,  
la alternativa es cruel;  
y al postre el plan de Cristina  
será como el de Miguel.

Manuel del Palacio.

## MAGNETISMO ANIMAL.

1.

Siempre he creído que el magnetismo era una cosa por el estilo de la union liberal, es decir, un poco de farsa y otro poco de mala fé; pero desde hace algunos dias, me he resellado, no con la union, sino con el magnetismo.

Me explicaré.

Mi criada, la incomparable Saturnina, bella como un sueño de D. Leopoldo, sensible como un fiscal de imprenta y casta como un padre de la Iglesia, es sonámbula. Anteayer me permití darla unas cuantas *pasas*, y se quedó como dormida. ¡Oh descubrimiento! La ciencia cuenta con un nuevo adalid: mi criada.



Cualquiera de mis lectores puede hacer la prueba. No hay mas que acercarse á la interesante Saturnina y pasarla una mano por la cara. ¡Cataplun! Cátela Vd. hecha un mamarracho.

¡Y qué bella se queda la condenada cuando duerme! Tendido el crespo cabello, entreabierto la delicada boca (de dos kilómetros) y trascendiendo á gazpacho, parece un cuadro de Rubens, retocado por el sereno de mi barrio. (¡.....!)

La primera vez que yo la ví en tal estado, quise recorrer el velo del porvenir como se descorre un toldo.

Compré unos cuantos adarmes de magnetismo, de ese que usa el prestidigitador de los Campos Elíseos, y sin decir *agua vá*, interrogué á Saturnina.

## II.

—¡Habla!—la dije—¿Qué ves?

—No veo claro.

—Pues abre el ojo y mira al cielo de España.

—Bueno.

—¿Qué ves ahora?

—¡Sangre! ¡mucho sangre!

—¿Y qué más?

—Tinta, mucha tinta.

—¿Y qué más?

—Varios hombres negros que alzan sobre los hombros un rey de palo.

—¿Qué dicen esos hombres?

—Misa.

—Está bien; descansa.

## III.

Saturnina descansó, suspiró *por todo lo alto*, y se rascó el cogote.

Yo saqué un cigarro de mi petaca, y volví á preguntar:

—¿Qué hay dentro de este cigarrito?

—¡La muerte!

Efectivamente, el cigarro era del estanco.

—Dime, prodigio, volví á preguntar á mi doméstica; ¿qué hace en este momento el padre Claret?

—Está jugando á la treinta y una.

—Me parece bien. ¿Y pudieras decirme asimismo lo que hace Autran ahora?

—¿Qué duda cabe? Está denunciando un periódico.

Aquí ya desconfié de la ciencia, porque á cualquier hora del día podemos decir nosotros lo mismo que Saturnina sin temor de equivocarnos. A pesar de todo seguí preguntando:

—¿Dónde está el cólera?

—En el ministerio.

—¿Me podrás decir cómo piensan los neos?

—Necesito una prenda de ellos para ponerme en comunicacion...

—¿Te acomoda el padre Sanchez? Haré que te le traigan.

—¡Jamás!

—Aquí tienes un número de *La Esperanza*.

—¡Venga, venga!

Y Saturnina estableció la corriente magnética colocando el periódico en cierta parte.

Y luego dijo:

—¿Me has preguntado que cómo piensan los neos?

—Sí.

—Pues bien; *piensan...* opíparamente.

—Dime, Saturninita, ¿ves á D. Leopoldo?

—Le veo, y no le veo.

—Lo mismo me sucede á mí. Dime ahora, ¿puedes leer en esta *Correspondencia*?

—Perfectamente.

—Ahora creo en el magnetismo, porque hay algunos días en que yo no puedo leerla por mas que hago.

—¿Qué deseas saber?

—Descó saber cómo han sido escritas estas cartas.

—Con los pies.

—¡Me lo figuraba!

## IV.

Estas y otras muchas cosas me descubrió Saturnina la incomparable; pero fuera yo por demás prolijo si aquí las refiriera todas.

Me contentaré con referir lo que más me sorprendió, porque es verdaderamente grave.

Al preguntarle quién sería el sucesor de O'Donnell, me dijo... que D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Me caí de espaldas.

Eusebio Blasco.

## ¡IMPOSIBLE!

¿Con que al fin vamos á ver al duque, muy señor mio, triunfante á Madrid volver? siento... así... de gusto un frio... —¡pero si no puede ser!

Yo me alegrára, cabal, que me precio de leal hoy que el descontento cunde... ¡y porque esto está tan mal que el mejor día se hunde!

Hoy quieren que el hombre aplique el duque de la Victoria y otra vez se sacrifique... para que yo no repique, duque, mucho ojo á la historia.

Veo luces y colores, escucho alegres clamores del *pópulo* soberano... ¡Valiente chasco, señores, van á dar al *Gran Cristiano*!

Si las huestes del progreso mañana visten de gala sin cometer un exceso, será porque la obra mala caerá por su propio peso.

¿Y si llega á suceder lo que yo debo temer, que le llamen á ocupar tercera vez el poder y le vuelvan á engañar?

He visto cosas famosas, intriguillas misteriosas que van del gobierno en pos; y es lo cierto que estas cosas no tienen perdon de Dios.

Si el fiero instante ha llegado, viva Vd. muy avisado, ¡oh duque del alma mia! Dicen que el gato *escamado* huye hasta del agua fria.

Quien sienta bramar el trueno tras este cielo sereno, mire arriba sin espanto; que aunque es muy *bueno* ser *bueno*, conviene no serlo tanto.

Es la lucha desigual, hay mucho mongil vestiglo, conque leña al que ande mal: no nos dé Vd., general, la gran desazon del siglo.

Esto se decia ayer, yo lo dejaba correr, y hacia este comentario: ¡que venga el duque, canario! —¡pero si no puede ser!

Luis Rivera.

## GIL BLAS DE VIAJE.

(ARTÍCULO SEGUNDO.)

Quedé, pues, solo en el wagon, comencé á pensar en la estabilidad de altas instituciones, y á poco me quedé dormido.

Cuando desperté, acababa de llegar el tren á Alhama.

—Esta es la mia, dije, y bajé á la estacion, y me dirigí al pueblo.

Vi unos montes, elevados, como el estilo de Carulla, ásperos como el carácter de Rios Rosas, sombríos como un artículo de *El Espíritu Público*.

Un perro negro, sentado en la falda de un montecillo leía *El Pensamiento Español*. Se adivinaba que aquel sensible ser gozaba en la lectura de las elucubraciones de sus correligionarios.

Anduve cien pasos, y llegué á los baños.

—¡Jóven! le dije á un viejo que contestó en seguida:

—¿Me llamaba Vd?

—Sí, señor: ¿dónde podré ver á la monja?

—¿A qué monja?

—A la que está aquí.

—Arriba.

Y obedecí en silencio.

Llegué á un salon donde habia varias personas que departian amigablemente. Una preciosa niña recorría con sus delicados dedos las teclas de un piano. Un pollo muy feo hacia como que cantaba un ária bufa. Los demás concurrentes charlaban, reían, fumaban, dormían ó bebían agua.

Pesqué al vuelo las siguientes frases:

*Una señora mayor*.—Nada, nada, Leopoldito; no le dé Vd. vueltas.

*El aludido*.—Señora, yo no doy vueltas á nada; pero aseguro á Vd. que estoy dispuesto á servirla...

*La señora*.—¡Ingrato! ¿De qué me ha servido obsequiarle, agasajarle y darle dulces? Juraba Vd. que me amaba, y al mismo tiempo armaba peloterías con mis amigos...

*Un arzobispo, que fuma en pipa*.—¿Qué es eso? ¿Qué le sucede á mi señora Doña Tecla? Siempre anda de broma con los jóvenes... cuando yo digo que esta señora es el *tu autem* de los baños...

*La señora*.—¿El *tu...* qué? No hable Vd. en catalán, por Dios!

*El arzobispo, guiñando un ojo*.—¡Qué mala es Vd.!

*La señora*.—Pues decia yo á este señorito, que es un ingrato, señores; no hace caso de una para nada. Anoche me prometió bailar conmigo, y hoy se ha entretenido, ¿en qué? en pelearse con Don Miguel, un íntimo amigo mio...

*Varios bañistas*.—¡Qué cosa mas horrible!

*El señorito*.—Me he peleado, porque Don Miguel me ha dicho que en punto al bello sexo, yo no valgo para nada.

*La señora*.—¿Y es eso verdad?

*La joven del piano*.—¿No canta Vd. mas, Agapito?

*Agapito*.—¡No mas! ¡No mas! Tengo la garganta delicada...

—¿Ha bebido Vd. demasiada agua?

—No; he bebido las inspiraciones del señor arzobispo, y tengo anginas...

*Un bañista*.—Vamos, Leopoldito: esta señora debe quedar vindicada.

*El aludido*.—¡O Don Miguel, ó yo!

*Todos los bañistas*.—Baile Vd., Don Leopoldo, baile Vd.

*Leopoldo*.—¡Pues no me falta mas que eso!

Dejé el salon, y comencé á recorrer los pasillos





- Acabe Vd. de ceñirse la espada de Luchana, mi general.
- ¿Va la cosa de veras?
- Ya es preciso que venga Vd. á arreglar **aquello**.
- ¿Me volverán á echar la zancadilla.
- Eso depende de Vd. conque ¡alerta!



buscando por ellos treinta ó cuarenta kilogramos de monja.

Al llegar á una puerta sentí olor á chamusquina.

Entré en un cuarto como Pedro por su casa.

¡Era ella! ¡Sí, ella! Estaba arrodillada... comiéndose una pera en dulce.

Entablamos el siguiente diálogo:

Yo.—Salud y gracia.

Ella.—¡Ay! Yo no tengo ni gracia ni salud.

Yo.—Lo creo; pero esta es la costumbre entre nosotros los presbíteros, y hay que saludar así por fuerza.

Ella.—¿Es Vd. presbítero?

Yo.—Desde que nací, gran señora.

Ella.—¿Pues cómo lleva Vd. toda la barba?

Yo.—Porque cuando me dan algun disgusto me tiro de los pelos.

Ella.—¿De dónde viene Vd?

Yo.—De Madrid.

Ella.—Pueblo de pesca.

Yo.—Sí, señora, de allí vengo.

Ella.—¿Sabe Vd. algo de Don Francisco?

Yo.—Sí.

Ella.—¿Qué hace?

Yo.—Estudia una zarzuela y se deja las patillas.

Ella.—¡Hombre de Dios! ¿Qué está Vd. diciendo?

Si yo le pregunto por el...

Yo.—¡Mujer de la carne! Si creí que me preguntaba Vd. por Don Francisco Arderius...!

Ella.—¿Y qué se dice por ahí de mí?

Yo.—¡Se dicen tantas cosas!

Ella.—¿Dónde creen que estoy?

Yo.—Ocupada en sus negocios.

Ella.—Veo que el país no es tonto.

Yo.—Nunca lo fué Don García.

Ella.—¿Va Vd. á Zaragoza?

Yo.—No pienso detenerme en ese punto. Seguiré á Barcelona.

Ella.—¿Quiere Vd. ir á Vich de parte mia?

Yo.—¡Oh! sí.

Ella.—Le daré un encargo para el reverendo padre.

Yo.—Venga.

Ella.—Allá va.

Y me entregó una caja. En seguida le tendí la mano (á la monja, no á la caja) y salí diciendo:

—Adios, prenda mia.

—Adios, jóven presbítero, me dijo ella.

Y me dispuse á continuar mi viaje.

Eusebio Blasco.

## CABOS SUELTOS.

¿Con que al jóven director de *La Razon Española* sin márgenes, ¡oh dolor! van á hacer gobernador por una vez?—¡Hola, hola!

Asegura *Los Tiempos* que Tenorio ha vuelto á Zarauz porque la reina necesitaba de sus servicios. *Los Tiempos* no es periódico revolucionario.

Ovillejo.

—¿Es hombre que bien discierne?

—Muy terne.

—¿Y qué nombre usa el doncel?

—Miguel.

—¿Sin apellido notorio?

—Tenorio.

—¡Animas del purgatorio!

¿Vos el secretario?

—Sí; y no grites, que está aquí muy terne Miguel Tenorio.

Muchos suscritores de GIL BLAS se quejan de que el sábado pasado no les llevaron el número. En cambio á nosotros nos los llevaron. Así como suena.

Cuentan diversos autores que *El Reino* va á refundirse, y que piensa despedirse de todos los suscritores. Por consiguiente, dirá, (y yo al oírlo me escamo): *El Reino* cambia de amo; señores, esto se vá.

GIL BLAS ha sabido una cosa grave. D. Leopoldo O'Donnell es el primer protector en España de la sociedad espiritista. ¡Figúrense Vds. si el hombre estará armado! Cuando no pueda llamar en su favor al *Espíritu Público*, se acogerá al *Espíritu Santo*.

Segun una carta de Zarauz, una nube de luto cubría el pueblo hace dias.

¿Con que una nube, y de luto cubría al pueblo? ¿Y por qué? ¡No se precipite usted! ¡Hombre, no sea Vd. bruto!

Una *Revista de Madrid*, firmada por un moderado, comienza con estas palabras:

*Estamos frescos.*

¿No sería mas exacto comenzar diciendo:—*estamos fritos?*

El mismo moderado dice que no está por las conferencias públicas.

En cambio le gustarán las privadas.

Doctrina moderada: de noche se hacen mejores negocios que de dia.

Un español.—Don Leopoldo, diga Vd. una gracia. Don Leopoldo.—¡El gobierno tiene mucha vida! Diez y seis millones de españoles.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Ay qué guason!

El solo rumor de la aparicion del cólera en Barcelona, ha producido en aquella ciudad una emigracion que en cuatro dias ha pasado de diez mil personas.

—Pero, hombre, ¿en qué forma se ha presentado, que tal terror les infunde? preguntaba ayer un vicarista.

—Creo que en forma de capitán general, respondió un catalán amigo mio.

De la excomunion el rayo ya *El Pensamiento* vibró, porque á hablar bien se atrevió de la libertad, Aguayo. Pero es cosa averiguada que los rayos que fulmina, ni son rayos, ni son nada; —son centellas de cocina, y huelen á Villoslada.

Ya pareció aquello.

Aquello es un mensaje que la diputacion foral de Vizcaya ha dirigido á la Reina, y cuyo principal objeto se reduce á hablar de Sanchez Silva.

El mensaje está firmado só el árbol de Guernica, el mismo árbol del que tantos mondadientes ha sacado el Sr. Egaña.

En un mismo dia ha publicado la *Gaceta* el anuncio de matrícula para las cátedras del Conservatorio y para la escuela superior de diplomática. Esto se llama mirar por el porvenir del teatro.

Se necesita un regente....

Con estas palabras, impresas en gruesos caracteres, comienza un anuncio publicado por *La Correspondencia*.

¿Y quieren Vds. saber para qué es el regente?

—Pues es para una oficina de farmacia de un pueblo de las provincias del Norte.

—¿Del Norte, eh?

Dice un periódico:

Del donativo de 140.000 rs. hecho por S. M. á su paso por Valladolid, se han entregado 20.000 rs. al señor arzobispo para las monjas.

Me parece muy bien: estas monjas deben ofrecer á Dios hasta la última gota de su sangre.

Los pobres están de pésame, segun costumbre.

Dice *La Correspondencia*:

«Mañana, dia festivo, no se reunirá el Consejo de ministros, ni vendrá á Madrid el duque de Tetuan.»

¡Ay!—digo yo:—¿por qué no habian de ser todos los dias festivos?

Los periódicos ministeriales aseguran que el gobierno sigue mereciendo la confianza de la corona.

El gobierno se parece al tenor Vicentelli, que cuando le silban, saluda como diciendo: gracias, amado pueblo.

Dicen que se suprimirá la plaza que desempeña en palacio el Sr. Tenorio.

¡Ay, qué gusto! digo, no: ¡ay qué disgusto!

Ya saben Vds. que D. Pedro de La Hoz se niega á ser candidato para diputado.

No quiere ser padre de la patria.

Esto de padre le tiene muy escamado, desde que Vildósola le ha salido hijo pródigo.

¡Alza, morena! El famoso marqués de Zafra ha sido nombrado presidente de sala de la audiencia de Puerto-Rico.

Y decia en junio *El Reino*:

—Señor Zafra, se me figura que está Vd. aquí de mas.

Ahora puede decir Zafra:

—Señor *Reino*, á mí me han colocado antes que á Vd.

Anda, chiquita, dale con garbo, que el neo Zafra ya está empleado.

El nuncio visita al embajador de Italia, Sr. Tagliacarne.

Visitas, ¿eh?

¿Qué apostamos á que el Sr. Tagliacarne se convierte en Taglianeos?

Yo soy un zote, yo soy un tonto, y pido humilde perdon á todos.

Tengo de un lado á Don Leopoldo, del otro tengo al gran Tenorio.

Y en medio de ellos, cantando un polo, el pueblo baila, baila de gozo.

Dadme un guitarró, que aunque esté ronco tambien yo quiero darme al jolgorio.

¡Viva la gracia!

¡Hole, buen mozo!

¡Siga la broma!

¡Viva Tenorio!

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865.